

EL MERCANTIL ESPAÑOL

Suscripción.—Por un mes \$5.00 centésimos, por tres meses \$8, por un año \$15 \$.

DIRECTOR REDACTOR—D. MANUEL ALFARERO DE LA OLIVA.

Las solicitudes que se dirijan a este diario deberán ser firmadas por personas que tengan responsabilidad, con arreglo a la Ley.—Avisos hasta las 7.

Variedades.

REVISTA DE MADRID.

Por mas que la admiración haya llegado a ser una cosa, digámoslo así de mal gusto, por mas que la demostración mas patente de la ignorancia sea el asombro, por mas que admirarse de esto ó de lo otro sea tanto como confesar que se está fuera del círculo luminoso de nuestra civilización, ó lo que es lo mismo, que no se sabe de la vida media; hay sucesos que paran, que detienen al hombre en medio de su precipitada carrera y dándole una palmada en la frente con su propia mano, le dicen "admirate" y le obligan a admirarse.

Si la admiración es un sintoma de atraso, una señal de ignorancia, una muestra, lo diré, de embrutecimiento.

Es pasearse por el siglo anterior, viviendo en el siglo presente, es ir detrás de la salubridad de la época, sin saber que ella va adelante.

La admiración es una forma de la sorpresa y aun me atrevo a sostener que es la sorpresa misma.

Causan admiración todas las cosas imprevistas, y si no se quiere así lo expresaré de otra manera, que aunque sea distinta, para el caso es lo mismo: todo lo que nos admira nos sorprende.

Lo inesperado es lo que causa en nosotros verdadera admiración: lo que se espera no produce.

Los chinos han concebido la idea de la felicidad de un modo tan sobrio que la representan bajo la imagen de una boca entreabierta llena de arroz.

Ahora bien; suprimase el arroz de esa boca entreabierta, y la imagen de la felicidad china se convierte inmediatamente en la imagen de la estupidez.

En qué se conoce al infeliz provinciano que transportado desde el rincón de su aldea se encuentra de repente y por primera vez en medio de la brillante y agitada capital de la monarquía?

Se conoce en que discute por las calles mirando de un punto á otro encogido de hombros y con la boca abierta.

De esta manera expresa su ignorancia y su admiración, que vienen á ser una misma cosa.

La admiración y la estupidez tienen una forma común, ambas se expresan de un mismo modo.

Una boca abierta lo mismo pertenece á un hombre admirado que á un estúpido. ¿Que mas da?

Pues bien; admirarse es un delito de lesa civilización, es un acto contrario á todas las leyes en que el hombre ha decretado la perfección de la humanidad.

Ante un prestidigitador que realiza cualquiera de las maravillas cuyo secreto ha sido descubierta por la agilidad de las manos, se admiran los niños y se sorprenden las mujeres; pero el hombre propiamente dicho ve los raros prodigios del prestidigitador sin admiración y sin sorpresa, porque está, digámoslo así, al fin de la calle.

Lo menos á que queda reducido el hombre que tiene la simpleza de admirarse ó sorprenderse de algo, es á la condición de niño ó de mujer.

Y los niños y las mujeres forman las dos colas de la humanidad; los dos grupos rezagados en este desfile humano.

Y en honor de la verdad, ¿de qué puede ya admirarse el hombre civilizado? ¿Qué puede suceder en el órden de lo extraordinario, de lo escandaloso y de lo absurdo que sea motivo de admiración?

—¡Es él!... ahora no se me escapará el diablo le arroja en mi camino.

—¿Que haces, hombre! le dijo su amigo; ¿estas loco?

—¡Déjame matar!... es el seductor de mi hermana, gritó con sorda cólera abalanzándose a la portezuela del coche; donde asomaba la grave y serena figura del conde, que ocultaba con su cuerpo a Ildemaro.

—¡Pero Clodomiro!... le dijo en ademán suplicante su amigo, ¿no ves que vas a producir un escándalo?

—¡Y que me importa, si por su causa he perdido a mi hermana!...

—¡Caballero! exclamó el conde mandando detener el carruaje; modere V. su lenguaje, pues sin necesidad de gritos ni agravios nos entenderemos.

Con V. voy con ese joven pintor que se oculta detrás de V.

—Este joven es mi hijo, y yo soy el conde del Olivo, por lo tanto, suba V., si gusta, y hablemos.

—El conde del Olivo!... ¿y su hijo el... murmuró con asombro Clodomiro.

—Si, señor, es mi padre; y ruego á V. no desee su oferta, aceptando un asiento en nuestro carruaje, dijo Ildemaro con perfecta calma.

—Con mucho gusto, contestó inclinándose. Luego, volviéndose hacia su amigo, le dijo: —Pues bien hasta luego; esta noche nos veremos en el café.

—Corriente, lo aguardo sin falta, y si me necesitas, cuenta conmigo.

—¡Mil gracias!... no lo olvidaré, adios.

Dicho esto, montó, y el coche partió lentamente hacia la colina de Santa Clara, según indicó el conde al hacero, que, zombro en mano, esperaba sus órdenes.

¿Querrán Vds. creer que uno de los sorprendidos en la "calle mas principal de Madrid tres ó cuatro casas de juego?"

Admirémonos pensando cómo debieron admirarse estos garitos al verse sorprendidos por los agentes de la autoridad.

Treinta ó cuarenta tahures con la boca abierta sorprendidos, admirados de encontrarse al volver la cabeza con la autoridad en la puerta, es un cuadro igual por el asombro al mismo Pasmo de Sicilia.

No sé si los espíritus elevados que han tomado esas alturas desde las cuales todo se ve porque esto juego no podía ser visto.

En el órden de las cosas futuras "esta no es la casa"; los mismos que pasan su vida viniendo a vivir, están allí con la boca abierta dando testimonio de que no esperaban semejante sorpresa.

Esa casa estaba fuera de la haraja.

Para comprender el asombro de los circunstantes al ver aparecer en medio del garito la figura de la autoridad, es "pretérito" imaginarse un hecho inverosímil pintado con los colores de la realidad.

Nada de extraño habria, ninguna novedad encontraríamos en que hubieran sido los garitos los que hubieran sorprendido á la autoridad.

Hay casos; hay muchos casos en que la autoridad entrando en una casa tras la averiguación de un delito ó en busca de un criminal, se ha encontrado sorprendida con el espectáculo del juego, pero el grito sorprendido por la autoridad es admirable por lo absurdo.

A los que vivimos aquí nos parece increíble.

Cuando la noticia llegue á oídos de los que no tienen idea de lo que son los garitos de Madrid tomarán el caso al pie de la letra.

Supondrán que los tahures encerrados en el sótano de alguna casa cuya discreta apariencia no descubra nada de lo que pasa dentro, tomadas todas las precauciones contra la sospecha, dispuestas las cosas de modo que la evasión sea fácil, se han visto á pesar de todo sorprendidos con las manos en la masa por los ojos de la autoridad.

El infeliz que esto cree, se equivoca: los garitos hacen mucho tiempo que, digámoslo así, se pasan por la población con libertad completa.

Las casas de juego ostentan como los cafés como las fondas, como cualquiera de los establecimientos públicos de que Madrid está lleno.

Viven con las puertas abiertas de día y de noche los jugadores como Pedro por su casa, el ruido del dinero se oye de lejos en cuando á los balcones, y llega hasta sonar en los oídos del transeúnte.

Ese transeúnte es á menudo la autoridad misma.

La luz que alumbra el tapete se escapa todas las noches por entre las persianas de los balcones, y se refleja en la pared de enfrente como un letrero que dice "allí se juega."

Decir que ha sido sorprendida una casa de juego, es tanto como suponer que se ha sorprendido al guarda-canton que impide la entrada de los coches en la calle de Sevilla.

Equivala á decir que se ha descubierto que el almirado de gas contratado por el Ayuntamiento para que los vecinos vean de noche las calles por donde pasan, no alumbra.

—¡Es él!... ahora no se me escapará el diablo le arroja en mi camino.

—¿Que haces, hombre! le dijo su amigo; ¿estas loco?

—¡Déjame matar!... es el seductor de mi hermana, gritó con sorda cólera abalanzándose a la portezuela del coche; donde asomaba la grave y serena figura del conde, que ocultaba con su cuerpo a Ildemaro.

—¡Pero Clodomiro!... le dijo en ademán suplicante su amigo, ¿no ves que vas a producir un escándalo?

—¡Y que me importa, si por su causa he perdido a mi hermana!...

—¡Caballero! exclamó el conde mandando detener el carruaje; modere V. su lenguaje, pues sin necesidad de gritos ni agravios nos entenderemos.

Con V. voy con ese joven pintor que se oculta detrás de V.

—Este joven es mi hijo, y yo soy el conde del Olivo, por lo tanto, suba V., si gusta, y hablemos.

—El conde del Olivo!... ¿y su hijo el... murmuró con asombro Clodomiro.

—Si, señor, es mi padre; y ruego á V. no desee su oferta, aceptando un asiento en nuestro carruaje, dijo Ildemaro con perfecta calma.

—Con mucho gusto, contestó inclinándose. Luego, volviéndose hacia su amigo, le dijo: —Pues bien hasta luego; esta noche nos veremos en el café.

—Corriente, lo aguardo sin falta, y si me necesitas, cuenta conmigo.

—¡Mil gracias!... no lo olvidaré, adios.

Dicho esto, montó, y el coche partió lentamente hacia la colina de Santa Clara, según indicó el conde al hacero, que, zombro en mano, esperaba sus órdenes.

El enojo de Clodomiro se disipó como por encanto al hallarse frente a una persona tan respetable como el conde. La finura de este y su lenguaje moderado le convirtieron aun más en su embargo, como "había" profetizado alguna palabra incongruente, no pudo menos de exclamar con aquella ligereza que formaba la base de su carácter.

—Estoy altamente resentido con este caballero, y al encontrarlo á mano, quise castigarlo con la autoridad de mi carácter.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Es lo mismo que si se dijera.

Ayer fueron sorprendidos por la autoridad dos ó tres ó cuatro teatros, cuyas funciones estaban anunciadas desde por la mañana.

¿No debemos admirarnos de esta sorpresa?

Además deben ocurrir otras muchas reflexiones para que nuestra admiración llegue á su colmo.

La primera que debe presentarse es esta: ¿Cómo la autoridad que de suyo ha de ser grave y seria se mete en una casa e interviene de una manera inmediata y activa en un asunto de puro juego?

Por otra parte ¿de qué se trata? Examinémoslo con imparcialidad y con mesura.

Se trata de unos cuantos hombres que al rededor de una mesa se comunican sus pensamientos y sus intereses por medio de unas cuantas cartas que van y vienen, y traen y llevan y en cada una de las que hay siempre una letra en favor ó en contra y generalmente á la vista.

¿Qué se diría si la autoridad asaltando una mañana la casa de correos penetrara en sus oficinas y violara el secreto de la correspondencia pública?

¿Cómo pues se le ha permitido detener el curso de esta correspondencia particular?

¿Sorprender una casa de juego? Mi asombro es mas grande que si me hubieran dicho: ayer fué sorprendida la Bolsa.

Y digo mas grande, porque la bolsa se ve varias veces en el bolsillo del que atraviesa ciertas calles de Madrid á las altas horas de la noche.

¿Sorprendido mi grito! Esto no es mas que un juego de palabras.

Madrid 30 de noviembre de 1864.

J. Silva.

Seccion Oficial.

Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Enero 11 de 1865.

Señor Ministro:

Con fecha 13 del mes próximo pasado tuve el honor del dirijir á V. E. una nota circular solicitando del Cuerpo Diplomático, residente en la República, una declaración sobre la actitud que asumirán las fuerzas navales extranjeras en el caso de que las del Brasil repitiesen sobre la ciudad de Montevideo, los actos bárbaros é injustificables perpetrados sobre la ciudad de Paysandú.

V. E. tuvo á bien declararme verbalmente á su nombre y al de sus colegas que, considerando prematura toda declaración á tal respecto, deseaba por entonces abstenerse de hacerla por escrito.

Aunque el Gobierno tenga motivos para esperar que el Cuerpo diplomático no consentirá el bombardeo ó un ataque por mar de la ciudad de Montevideo, creo que en previsión de los acontecimientos que pueden sobrevenir y de las cuestiones que ellos puedan traer aparejadas, está en el caso de llevar al ánimo de los honorables miembros de ese cuerpo ciertas consideraciones ó apreciaciones de los hechos que se destrullan examinándolos á la luz del derecho y de las prácticas establecidas reconocidas é invocadas mas de una vez por el Gobierno del Brasil en circunstancias semejantes. Así llenará un deber y se descargará de la responsabilidad que el silencio le impondria para ante la opinión imparcial y ante los intereses vinculados á la existencia política del país.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

—Sus trancudas ideas le estraviaron, y casi estoy por pensar que V. está loco, exclamó el conde; sin duda ignora V. que ni sus padres tienen honra, ni virtud, ni consideración en la sociedad.

—¡Caballero!... esto es un insulto que no sufre!...

Para apreciar los actos del imperio por la situación creada por el ultimatum de su enviado Extraordinario el Condejo Saravia, es indispensable tomar por base las declaraciones de este contenidas en aquel documento que V. E. ya conoce, y la del grito de las fuerzas navales del Brasil hecha en la circular que pasó al Cuerpo Diplomático en 11 de Octubre último.

Ante esas declaraciones y en presencia de los actos bárbaros é inhumanos perpetrados sobre la ciudad de Paysandú, su guarnición y habitantes, actos que no se permitieron aun en una guerra justa y debidamente proclamada, es indudable que la conducta del imperio, perversa y desleal para con el Gobierno de la República, lo ha sido aun mas, si cabe, para con el honorable Cuerpo Diplomático residente en ella, y consiguientemente para con los gobiernos que representa. La contradicción entre los hechos y las palabras es flagrante. La opinión imparcial no puede tener sino un solo fallo:—la reprobación mas completa de semejante proceder.

La ofensa que a mi familia he inferido, porque le considero el seductor de mi hermana.

—Esas palabras me prueban que a su madre V. vd ha dado las explicaciones que debiera, después de la escena que tuvo lugar en el aposento de Transito, dijo Ildemaro.

—¡Mi madre!... ¿que explicaciones debia dar?...

—En primer lugar, debió manifestar á V. por si alguna vez se encontraban y llegaba el caso de desahuciar, como ha sucedido ahora, que la persona de Ildemaro debia serle sagrada para V., la respetase.

—¿Y por qué razón?... Interrogó Clodomiro mirando fijamente al conde.

—Por una muy sencilla, que voy á comunicarle á V.

—¿Véamos.

—Este caballero no puede nunca ofender á Transito, ni V. debió mostrarse resentido puesto que son hermanos.

—¿Cómo hermanos!...

—Hijos todos de una misma madre; Ildemaro es como V. y como Transito, hijo de Cristina Guanter.

—¿Oh! ¿esto es aun mas terrible?... ¿que un hijo de madre era la culpable...? ¿acusaba á mi hermana?

—¡Hermano mio!... no te irrites contra ella; en aquellos momentos no lo sabia y se dejó arrastrar por la cólera, dijo Ildemaro, que con ternura infinita solapaba un abrazo de Clodomiro; pero éste, preocupado al sentirse herido en su orgullo, no escuchó la voz del sentimiento y exclamó dirigiéndose al conde:

—Entonces, siendo Ildemaro hijo de V., mi madre ha sido su madre!...

—Es una historia larga, en la cual no debo profundizar, le dijo el conde.

—Pero á mi me conviene saber algo: interesa al honor de mi familia, y por consecuencia exijo los detalles de esa espantosa mancha que ha de lavarse con sangre.

CALLE DEL 23 DE AGOSTO NÚMEROS 41, 43, 45 y 47.